

talana— no es estrictamente original, al ser una reelaboración de un trabajo colectivo realizado en 1971 por el grupo El Camaleón (El Camaleón), en el que participaba Teixidor.

Así, pues, tenemos tres títulos entre 1970 y 1976 —en los tres casos puede decirse que a la escritura del texto siguió su estreno teatral— conformando una etapa que coincidía con los momentos de lucha social más activa y esperanzadora de la oposición franquista. La militancia política de Teixidor en el PSUC, no hace sino cohesionar toda su actividad social y política.

En las tres obras señaladas como más significativas —no hay que olvidar, sin embargo, otros títulos del autor, como *Un fèretre per Artur* (*Un ataúd para Arturo*), *L'auca del senyor Llovet* (*El auca del señor Llovet*), estrenado en el Poliorama en 1972, *Mecanoxou*— Teixidor utiliza la farsa para realizar "la descripción de los mecanismos que rigen el funcionamiento de la sociedad", utilizando una opinión del malogrado Xavier Fábregas. En las tres obras —*El retaule del flautista*, *La jungla sentimental* y *Dispara, Flanagan!*— la farsa está puesta al servicio de historias y argumentos bien diferentes, y en las tres, Jordi Teixidor traza un acertado análisis de los esquemas en que se mueve la sociedad capitalista. Lo hace de forma tan contundente como clara, tan didáctica como divertida. La farsa y los arquetipos sociales suben al escenario en estas obras de Teixidor.

Comportamientos sociales

El retaule del flautista se había representado ya en Poble Nou (1970), en unas funciones



Una relación triangular —madre, hijo, nuera— entre personajes sordidos y aburridos.

DEL PAPEL A LA CINTA

Jaume Melendres

Sólo el teatro catalán supera al ser humano en su tenaz esfuerzo por sobrevivir. Su capacidad de adaptación es literalmente, asombrosa y la mejor prueba de ello la tenemos en su nómina de autores, constantemente renovada a lo largo del último cuarto de siglo. En contra de lo que pudiera parecer a primera vista, no es cierto que hoy no existan autores catalanes o que sus obras no se representen. Más bien todo lo contrario.

Primero fueron los "jóvenes autores", la "generación del Sagarra". Quienes merecimos esas denominaciones colectivas teníamos, ciertamente, cosas en común. Nuestros comportamientos lingüísticos, vestimentarios, gastronómicos, sexuales y políticos eran muy parecidos;

es decir, descubrimos al unisono la enorme riqueza de nuestra propia lengua, jamás comprábamos corbatas, comíamos en restaurantes baratos, sólo éramos celosos con nuestras propias mujeres y escorbábamos hacia la izquierda con distintos grados de conciencia nacional. Como los jugadores de golf o los tenistas de élite, acudíamos en grupo a los concursos en calidad de cabezas de serie y, en general, confirmábamos los pronósticos. Escribíamos textos, leíamos los de nuestros colegas e incluso discutíamos sobre ellos desde nuestra pasión por el teatro y desde nuestras (a pesar de todo) enormes diferencias estilísticas e ideológicas.

Pero, sobre todo, éramos los autores que nuestro teatro y nuestra sociedad necesitaban; una pieza fundamental en un teatro que se inscribía en un tejido social deseoso de comprender a través del discurso artístico del curso

nada artístico de las cosas. Por eso aparecimos y conocimos, a través de *El retaule del flautista* de Teixidor, un éxito multitudinario. Éramos los autores de una sociedad caracterizada por el tic verbal del "quiero decir", un latiguillo que expresaba una tremenda necesidad de hablar con propiedad, de asirse a las palabras como vehículo de las ideas. Ni la censura ni el capital nos dieron demasiadas oportunidades.

Entre estos autores ha habido deserciones y defunciones. La mayor parte sigue trabajando (poco o mucho según los casos), publicando e incluso estrenando alguna vez.

Pero ahora en los bares y en las calles ya no se dice "quiero decir". Ahora el latiguillo verbal es "de alguna manera", "desde cierto punto de vista", y los "temas" han sustituido a los problemas. Ha cambiado la sociedad y, con

ella, el teatro. Sus autores. Los autores del teatro catalán se llaman, hoy, Boadella, La Cubana, Bozzo, Joan Font, Fura dels Baus, Albert Vidal. Ni son mejores ni peores. Son, simplemente, otro tipo de autores, poco inclinados al uso del papel, pero con una vis escénica indudable. Al fin y al cabo, hacen lo que el venerable Aristóteles consideraba tarea principal del trágico: inventar, hilvanar acciones.

Son los autores de una época de desarme ideológico, nos guste o no nos guste este desarme, y ellos tienen ahora, si no la palabra, el escenario. Sus obras quedarán grabadas en los videos, como las de sus antecesores quedaron escritas en los libros. Este es, en definitiva, expresado en términos de tecnología, el abismo que separa dos momentos de la historia: la diferencia entre dos soportes de posteridad. ■